



Carmen, a la salida de la vieja estación de su ciudad. 1970-75

## LUIS MARTÍN-SANTOS Y EL CUADRO

El día 20 de enero de 1964, en un accidente de tráfico, murió el escritor y psiquiatra Luis Martín-Santos. La llegada a la casa familiar de El Boalo de una gran fotografía sobre Salamanca y la muerte del antiguo estudiante en la Facultad de Medicina de Salamanca al tiempo que Carmen estudiaba en la Facultad de Letras, sin conocerse entonces, motivó en la escritora un turbión de sentimientos.

«Vino el cuadro nuevo de Salamanca. Completamente nuevo. Desligado de mí. Ni era una fotografía hecha en el tiempo en que yo vivía allí, ni es un cuadro que antes hubiera estado en casa, ni se parecía a los vistos otras veces. No. Una fotografía grande, comprada por capricho de mi hermana, ahora, por casualidad.

Y, sin embargo, era Salamanca. La catedral reflejándose en el río que corre bajo el Puente Viejo. Todo ello igual pero aséptico, purificado de recuerdos. Como una exacta mascarilla sacada del rostro de un muerto.

En seguida pensé en L. Él vivió en esa ciudad al mismo tiempo que yo, pero por azar no nos conocimos, aunque teníamos amigos comunes y de la misma manera el azar podía haber regido que nos conociéramos. Él ya no existe. Es totalmente arbitrario que se haya muerto, igual que es arbitrario que este paisaje que miro no esté teñido para mí de recuerdos en los cuales la imagen de él se incluyera. Todo es azar.

He oído decir que dos días antes de su muerte hizo un viaje a Salamanca. De todas las cosas que he oído contar después a unos y otros, de todas las interpretaciones y narraciones que han llovido en pura interferencia desacorde sobre su persona ya inexistente, ninguna noticia me llegó a impresionar tanto como ésta de su visita a Salamanca. Me han dicho que fue para volver a verla, no a ningún asunto o gestión, sino a ver de nuevo la ciudad, nuestra ciudad de los años de estudiantes..., mejor dicho la suya, separada de la mía, porque aunque era la misma en el tiempo, sus ojos no eran mis ojos. Dicen que preparaba una novela en la que se integraba la ciudad, y haría el viaje por eso, para experimentar cómo se le superponía la imagen nueva sobre las antiguas, para ver si era capaz de casarla, que de fijo no sería capaz.

Miro el cuadro. Es imposible saber qué imagen de la ciudad se llevó Luis en los ojos. Es algo cegado, enterrado sin remedio, perdido. Lo mismo que nuestra relación no lograda en aquel tiempo. (...) Estoy casi segura, mirando este cuadro tan ajeno que patentiza en mí la muerte del tiempo de estudiantes, la muerte de la ciudad, ya inoperante en mí, y sobre todo la muerte para siempre, sin remedio, de mi amigo.»





Instituto Femenino de Salamanca. Carmen y su amiga Sofía, sentadas, a la izquierda. 1941-42

## ISLA BERGAI

«En Salamanca no había buenos colegios, y mi padre comprendió que lo mejor era quedarme en casa hasta que tuviera edad de ir al Instituto, con niñas de todas las clases sociales. Eso me parece que enriquece muchísimo.»

Allí, no tardó en encontrar a su mejor amiga mientras jugaba al monta y cabe con las otras niñas en el patio del Instituto, y eso la llevó a vivir una aventura maravillosa. Nunca trasladó el nombre de aquella chica con el pelo rizado y que jamás tenía frío, «nunca llevaba bufanda» en la heladera salmantina, pero ella lo dejó bien claro: «Me tenía sorbido el seso, no veía más que por sus ojos (...), la admiraba sin límites». La admiraba porque «nunca bajaba la cabeza al decir que sus padres, que eran maestros, estaban en la cárcel por rojos, miraba de frente, con orgullo, no tenía miedo a nada». Y también porque llevaba un diario, y ella la animó a escribir el suyo propio, como lo hizo. Y Carmen admitió que ese fue su comienzo en la escritura, al arrimo de aquella chica, porque además del diario las dos comenzaron a escribir una novela rosa con una protagonista que se escapaba de casa porque era demasiado rica y ella quería vivir al raso. «Ella me inició en la literatura de evasión, necesitaba evadirse más que yo, porque lo pasaba peor, era más desvalida, pero también más sobria y más valiente, afrontaba la escasez, por ejemplo la cuestión de carecer de juguetes no la afectaba en absoluto, se reía de eso, porque tenía conflictos reales, no de pacotilla como los míos».

La amiga le trasladó que los juguetes comprados le aburrían, al tiempo que le explicaba que se podía jugar de otra manera. ¿Y cómo?: «Inventando; cuando todo se pone en contra de uno, lo mejor es inventar». Fue entonces cuando decidieron comenzar la aventura de inventar una isla para ellas solas, la isla Bergai, apócope de los apellidos de la amiga y suyo (Ber-Gai). Y como Carmen sabía que en casa le iban a reñir por llegar tarde, la amiga le espetó: «Si te riñen, te vas a Bergai, ya existe. Es para eso, para refugiarse». Aquella isla —escribió— «tenía la fuerza y la consistencia de los sueños», porque a partir de entonces la hija del notario indicó que «mi amiga me lo había enseñado, me había descubierto el placer de la evasión solitaria, esa capacidad de invención que nos hace sentirnos a salvo de la muerte».

La amiga cuyo nombre no menciona era Sofía Bermejo Hernández.

Martín Gaité, Carmen: *El cuarto de atrás*. Destino, Barcelona, 1978





Con su profesora particular en el campo, junto a su hermana Ana y el primo Paco. 1932-34

## CAMPO, CON PROFESORA

«Recuerdo que mi hermana y yo, de pequeñas, inventamos un pasatiempo consistente en llevar por cuenta las veces en que hacía su aparición en los relatos de la gente el verbo “decir”, en sus distintos *disfraces*, como ella y yo llamábamos entonces a los tiempos y formas verbales que, con monótono empeño, se obstinaba en clasificar para nuestro provecho escolar una tal doña Ángeles; y siempre nos producía una jocosa y renovada sorpresa aquella renovada procesión (...), prolijo trabalenguas que, en otras ocasiones, nos daba pie para aguzar nuestras dotes cómicas y hacer parodia de las visitas que venían a casa, incluyendo sus gestos y actitudes.»

Martín Gaité, Carmen: *El cuento de nunca acabar. Apuntes sobre la narración, el amor y la mentira*. Trieste, Madrid, 1983





Con sus padres y hermana en la casa de El Boalo. ca. 1970

## PROVINCIANA

«Tuve suerte de pertenecer a una familia donde se han dado dos vertientes importantes: la de ser provinciana (¡cuánto tiene que ver con el sosiego una infancia y una juventud provinciana!), con todo lo que la provincia presta de serenidad, de esta falta de prisa que siempre me ha caracterizado, de este sosiego que una mujer necesita, y, después, la vertiente de no ser ajena al mundo de la cultura, que en la provincia no se suele dar, y que a mí me ha ayudado mucho. He tenido libros a mano desde que era pequeña, mis padres eran y son grandes lectores, y mi padre ha sido un factor decisivo en mi educación; un hombre con auténtico amor a la libertad de los demás. Estas dos características de mi infancia han sido decisivas. Y no suelen ir unidas. Pero aquella educación que yo recibí es la que querría dar a mi hija.»

Entrevista de Juby Bustamante: «Bachillera Carmen Martín Gaité»,  
en el diario *Madrid*, 20 de febrero de 1971





Paseo en barca por el Tormes junto a compañeros de curso. Carmen, de espaldas. 1944

## LA BARCA

En aquellos días de primera juventud, Carmen se definió como «la hija pequeña del notario de la plaza de Los Bandos, mucho más insensata, desordenada e irrespetuosa que la mayor, dónde vas a parar, morenita ella, poca cosa de cuerpo, sí, mujer, ¿no te acuerdas?, la llamaban “Lo que el viento se llevó”, porque una vez la tumbó el aire que venía enfilando por el Palacio del Obispo, andaba siempre vestida de cualquier manera, dando vueltas a la Plaza con chicos de gafas, ninguno de los cuales era su novio, ¡habrase visto mayor escándalo!, y se iban de vinos al Lampi y a estudiar juntos por los cafés y a remar al Tormes en cuanto llegaban los primeros atisbos de primavera». Carmen nos dejó ese regalo de su estampa, como cuando quizá advertía el recelo que llegaba motivado «de los años del cuarto de atrás, de los periódicos, de los púlpitos, de los confesionarios, del cuchicheo indignado de las señoras que me miran pasar con mis amigos camino del río, a través de visillos levantados, ninguno es mi novio, ni siquiera es mi novio, pero cantan y se ríen y me cogen de la mano, vamos por callejuelas, entramos en tabernas, alquilamos una barca para remar por el río Tormes que acaba de deshelarse, hay un sol de primavera temprana».

Martín Gaité, Carmen: *El cuarto de atrás*. Destino, Barcelona, 1978





Carmen en cama, enferma de tifus. Los delirios de la fiebre los plasmó en *El libro de la fiebre*. 1949

## ***EL LIBRO DE LA FIEBRE***

En mayo de 1949, cuando estaba a punto de examinarse del curso de doctorado en la Universidad de Madrid, Carmen sufrió el tifus y, tras unos días en cama en Madrid, fue trasladada a su casa de Salamanca con sus padres. «Estuve casi cuarenta días en la cama, a punto de morirme, y deliré muchísimo. Aquel verano, después de sanar, empecé a escribir un libro que se titulaba *El libro de la fiebre*, donde en plan poético y surrealista, trataba de rescatar imágenes fugaces de mis delirios».

«La fiebre era un laberinto. Los caminos no empezaban en ninguna parte ni llevaban a ninguna parte. Si alguna vez os vierais, como yo, metidos en aquel laberinto, sólo os importaría gozar del paisaje. Porque en efecto no tiene ninguna salida. Al menos yo no la conozco, ni la encontré. El que busque salida, que se vaya por lo liso y lo seguro. Mi libro se quedará solo danzando desordenado y loco su danza sonámbula.»

Martín Gaité, Carmen: «Bosquejo biográfico», en *Agua pasada*. Anagrama, Barcelona, 1993

Martín Gaité, Carmen: *El libro de la fiebre*. Cátedra, Letras Hispánicas. 1949 (publicado en 2007)





En Italia, de viaje de novios, recostada en la puerta hacia el jardín. 1953

## ITALIA

Tras la boda, Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen emprendieron un largo viaje de novios por Italia, el país de nacimiento de él, con residencia en casa de sus familiares. La pareja se separó en 1970.

«Cierta restablecimiento parece estarse operando, era demasiada angustia, demasiado verme en mi imagen de sin pared ni pareja, a la deriva. Debo pensar, cuando me acose esta retórica, que yo pareja no la tengo porque nunca me he encontrado a gusto emparejada por largo tiempo, y que a los que piden eternidad en las relaciones les ha fallado, como a los que piden asentimiento o sujeción, que yo doy hoy una cosa y mañana otra pero que, en el fondo, no me gusta cargar con la vida de nadie. Y siendo así, ¿cómo no me voy a ver sola?»

Martín Gaité, Carmen: «12 noviembre 1979. Cuaderno 23», en *Cuadernos de todo*.  
Círculo de Lectores, Barcelona, 2002





Sentada, ahora nada. ca. 1995

## ESTAR AQUÍ

«Bueno, ya estamos sentados aquí. Y ahora, ¿qué? Ahora nada, estar aquí. ¿Por qué tenemos que estar esperando algo, otro minuto venidero? Recuerdo cuando iba al parque hace unos años. Todo se me volvía mirar el reloj. Cerraba los ojos, tomaba el sol, y las conversaciones en torno me resbalaban. Cuándo serán las doce. Cuándo serán las doce y cuarto. No estaba tan triste como ahora, pero siempre estaba esperando algún acontecimiento exterior y me consumía. De fuera pensaba que me iba a venir, como el maná, la liberación. De alguna de aquellas señoras que miraban a sus niños como ahora, sin extrañeza ni preocupación, insertas con ellos en el tedio de la mañana.»

Martín Gaité, Carmen: «El parque (tiempo de pensar), 10 abril 1962. Cuaderno 1», en *Cuadernos de todo*. Círculo de Lectores, Barcelona, 2002





En el *cuarto de atrás*, en su casa de la plaza de Los Bandos. 1943-48

## EL CUARTO DE ATRÁS

«Lo personal está muy generalizado, porque yo, al hablar de mí cuando vivía en Salamanca y jugaba, o estudiaba en este "cuarto de atrás", estoy dando una visión de conjunto, de las canciones que se cantaban, de las novelas que se leían, de las cosas que se decían en nuestras casas, del miedo que teníamos a ciertas cosas. Hay el reflejo de una ambientación sociológica.»

«[el cuarto de atrás]... me lo imagino también como un desván del cerebro, una especie de recinto secreto lleno de trastos borrosos separado de las antesalas más limpias y ordenadas de la mente por una cortina que sólo se descorre de vez en cuando; los recuerdos que pueden darnos alguna sorpresa viven agazapados en el cuarto de atrás, siempre salen de allí, y sólo cuando quieren, no sirve hostigarlos.»

Entrevista de J. Bigordá: «"El cuarto de atrás" o el desvelo de unos recuerdos»,  
en *El Correo Catalán*, 25 de junio de 1978

Martín Gaité, Carmen: *El cuarto de atrás*. Destino, Barcelona, 1978





La libertad de estar sola. Estados Unidos, 1980

## TAN ALEGRE NO ME RECUERDO

«El viaje a Estados Unidos me supuso sobre todo algo personalmente muy chocante, que es descubrir la libertad de estar sola cuatro meses, sin la responsabilidad de ningún problema doméstico, ni nada, y eso descubrirlo a una edad en que ya no eres joven, entonces te viene como una juventud retrospectiva. Y no porque nada de lo que me pasó fueran aventuras maravillosas, aunque todo era una aventura. Yo tan alegre no me recuerdo desde hace mucho tiempo, era ducharme y ponerme a cantar.»

Entrevista de Malén Aznárez: «La rebeldía de una mujer modosa»,  
en *El País Semanal*, n. 225, 28 de agosto de 1981





Las retahílas de Carmen siempre alentaron su pasión, contar y que le contaran. 1977

## BIEN CONTADO

En la novela, la palabra crea el texto a través del diálogo de Eulalia y Germán. Sobresale la oralidad frente a la escritura. Desde siempre, Carmen fue una enamorada de la conversación. Y de saber contar. Lo razonó Germán:

«Y por supuesto que yo la historia ésa del caballo negro no sé bien si me la creo, para qué te voy a engañar, pero el oírla yo te ha servido para que nazca como tal historia, para que tú te la creas a pies juntillas, pues menudo favor; pero además no te enfades, guapa, la cuentas muy bien, las cosas como son, y lo que está bien contado es igual que si fuera verdad, qué más da la verdad que la mentira.»

[Soledad] «Me pide perdón por sus continuas interrupciones y yo le digo que todo en esta vida es una continua interrupción, que no se afane tanto en separar las cosas unas de otras, porque todas bullen al mismo tiempo, por mucho empeño que pongamos en evitarlo, lo banal mezclado con lo grave, lo presente con lo pasado, lo necesario con lo azaroso, y que de entender algo es solo así como se entiende, aceptando esa misma confusión como pista valedera. Por eso es tan difícil escribir una novela.»

Martín Gaité, Carmen: *Retahílas*. Destino, Barcelona, 1974

Martín Gaité, Carmen: *Nubosidad variable*. Anagrama, Barcelona, 1992





Carmen en Nueva York, con su hija Marta, que la visitó mientras la escritora impartía cursos en una universidad neoyorkina

## MARTA

Su hija Marta, la Torci, que llamaba Calila a su madre, murió a los 29 años en 1985, víctima de las drogas.

«Para el alma que ella dejó de guardia permanente, como una lucecita encendida, en mi casa, en mi cuerpo, y en el nombre con que me llamaba.»

«Para Hans Christian Andersen, sin cuya colaboración este libro nunca se habría escrito. Y en memoria de mi hija, por el entusiasmo con que alentaba semejante colaboración.»

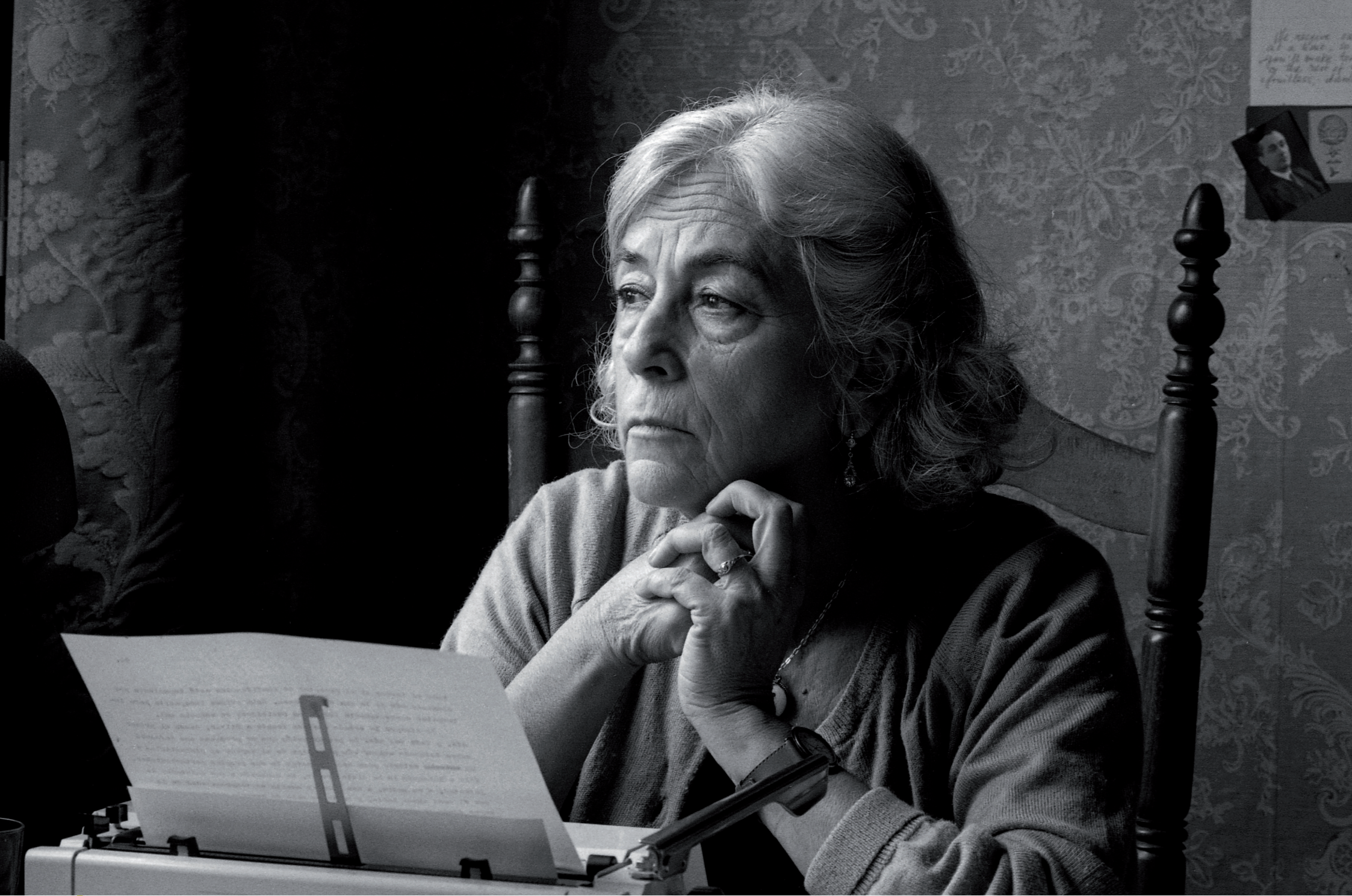
«La libertad siempre da algo de miedo cuando se ve de cerca, ¿no lo sabías?», comenta Carmen a su hija Marta, ante la imagen de la estatua de la Libertad, en Nueva York.

Martín Gaité, Carmen: *Nubosidad variable*. Anagrama, Barcelona, 1992

Martín Gaité, Carmen: *La Reina de las Nieves*. Anagrama, Barcelona, 1994

Martín Gaité, Carmen: «6 de noviembre de 1983. Cuaderno 32», en *Cuadernos de todo*.  
Círculo de Lectores, Barcelona, 2002





La escritora, en su creación. 2000. Foto Antonio Alba

## CONTAR A OTRO

«... las historias ya nacen como tales al contárselas uno a sí mismo, antes de que se presente la necesidad, que viene luego, de contárselas a otro.»

«... el hombre acierta, a veces, a investirse de unas facultades extraordinarias, al conjuro de las cuales crea una vida que le satisface más; pero lo importante es que no la crea para vivirla, sino para contarla. Cuando vivimos, las cosas nos pasan; pero cuando contamos, las hacemos pasar; y es precisamente en ese llevar las riendas el propio sujeto donde radica la esencia de toda narración, su atractivo y también su naturaleza heterogénea de los acontecimientos o emociones a que alude.»

«[El escritor] escribe, a pesar de todo. No le basta con consumir, quiere crear, decir lo suyo, nuevo o viejo. Y cuanto más suyo lo haya hecho antes de decirlo, cuanto más lo grite desde su limitación y soledad, desde su subjetividad insatisfecha, más fuerza tendrá para aprovechar un día esa muralla opresora que le sofoca.»

Martín Gaité, Carmen: «La búsqueda de interlocutor», en *Revista de Occidente*, septiembre de 1966





## ASOMARSE A LA VIDA

«Desde pequeña miré con tanta avidez que tenía que acabar escribiendo, claro.»

—«Pasamos media vida mirando hacia allá, imaginando.»

—«A mí en la vida lo que más me divierte es mirar, observar y pensar. Y esa capacidad receptiva nunca ha estado reñida con mi condición de mujer.»

Martín Gaité, Carmen: «Desde el umbral», en *Trabajos y Días*.  
Universidad de Salamanca, mayo de 1948, n.º 9, p. 9

Entrevista de Juby Bustamante: «Bachillera Carmen Martín Gaité»,  
en el diario *Madrid*, 20 de febrero de 1971





## LENGUAJE COLOQUIAL

«Aunque esté feo decirlo, es que en mi casa hablaban muy bien. Mi padre y mi madre hablaban muy bien y yo creo que eso, de pequeño, lo heredas. Mi padre hablaba con una gracia, tan bien y con tal propiedad usaba siempre las palabras adecuadas.»

«Charlatana y escuchadora. También soy una gran escuchadora. Cuando oigo una conversación interesante me voy como las moscas a la miel, aunque no hable.»

Y la calle «Una señora me reconoció hace poco en un autobús y mostró su extrañeza por encontrarme en ese lugar así. Y le contesté con una pregunta. “¿Usted cree que yo escribiría lo que escribo si no utilizara los autobuses?”»

Entrevista de Malén Aznárez. *El País Semanal*, 2 agosto de 1981

Entrevista de Juby Bustamante: «Bachillera Carmen Martín Gaité»,  
en el diario *Madrid*, 20 de febrero de 1971

Entrevista de Miguel Ángel Villena. *El País*, 9 enero de 1999

Con su hermana Ana, de la mano del padre por la Plaza Mayor,  
ante la puerta de San Pablo.1933





## JUGAR EN LA CALLE

«Jugando en la calle aprendía las palabras. En la calle eran las relaciones con los demás niños... y lo mismo jugabas con un niño que era vecino tuyo y que era de una clase social parecida a la tuya que jugabas con Aurora, la chica del ciego, aquella que nos contaba unos cuentos que eran una maravilla. En la calle, y yo recuerdo mi aprendizaje en la calle, cosa que ya, mi hija, en Madrid, no ha podido tener eso. (...) Hemos perdido la noción de lo que era jugar en la calle. Yo, por ejemplo, iba desde la Plaza de Los Bandos a la Plaza Mayor a un recado y podrías encontrarte a personas montadas en burro, a los carboneritos por ejemplo..., no sé, hemos perdido la noción de aquella ciudad de entonces». Preciso que: «A andar por andar, a caminar sin prisa, juntando la mirada con el paso... A eso también aprendí en Salamanca.»

Entrevista de Aníbal Lozano: «Provinciana de arriba abajo»,  
en *El Adelanto*, 4 de octubre de 1981

Carmen, en el balcón, hacia la plaza de Los Bandos.  
Enfrente, la casa de María la Brava, a la izquierda, la iglesia del Carmen. 1945





## ES LA LITERATURA

«Recuerdo, sobre todo, una llegada desde Orense, al balneario de Cabreiroá, en Verín. Llegamos en un coche de alquiler, hacía calor y en lo alto se veía el castillo de Monterrey, envuelto en nubes rojizas; era el verano del cuarenta y cuatro, yo acababa de aprobar primero de Filosofía y Letras. Nos metimos por un parque muy frondoso, nos apeamos frente a la fachada del balneario y, mientras botones sacaba el equipaje, me quedé mirándola inmóvil, con una intensa extrañeza. Llevaba en bandolera un bolso de piel blanca, cuadrado, con una correa larga, me lo había regalado mi padre un mes antes como premio a los exámenes, saqué el espejito, me miré y me encontré en el recuadro con unos ojos ajenos y absortos que no reconocía; noté que el botones, un chico de mi edad, me miraba sonriendo y eso me avergonzó un poco, fingí que me estaba sacando una carbonilla del ojo, pero pensaba angustiosamente que no era yo. Lo mismo que aquel sitio no era aquel sitio. Y tuve como una premonición: “Esto es la literatura. Me está habitando la literatura”.»

Martín Gaité, Carmen: *El cuarto de atrás*. Destino, Barcelona, 1978





## TEATRO

El teatro interesó siempre a Carmen, que cuando estudiaba en la Universidad de Salamanca intervino como actriz en un par de montajes del Teatro Universitario (TEU), en el Teatro Liceo y en el patio del palacio de La Salina. Escribió dos obras de teatro, *A palo seco* (1987) y *La hermana pequeña* (1999).

«Por detrás de mí, se acerca con pasos rápidos una chica menuda, vestida de hidalga del siglo XVI. “¿Pero qué haces? Te estamos buscando, vamos, Agustín ya está en escena”. “Se me ha olvidado todo, Conchita, es horrible, no puedo salir”. “No digas bobadas, anda, eso pasa siempre la primera vez, en cuanto salgas te acuerdas en seguida. ¿Quieres un consejo? Píntate un poco más los ojos, verse guapa da seguridad”. Cojo un lápiz negro que hay sobre la coqueta y me perfilo los ojos con cuidado, igual que aquella primera vez que pisé las tablas del Teatro Liceo de Salamanca, para representar un entremés de Cervantes. Ya ha desaparecido la cofia de encaje, pero también la desazón, solo quiero acordarme de que tuvimos un gran éxito; entre los papeles que quemé hace años, creo que había una reseña muy elogiosa de *El Adelanto*, augurándome un gran porvenir como actriz: era mi segundo año de carrera.»

«De mayor quería ser actriz, quería desdoblarme en cientos de vidas.»

Martín Gaité, Carmen: *El cuarto de atrás*. Destino, Barcelona, 1978





## EL GUIÑO DE CERVANTES

«Cuando decidí enfrentarme a solas con algunas lecturas que se me habían atravesado en la infancia, hubo una temporada en que empecé a llevarme El Quijote por las mañanas al Campo de San Francisco, un recoleto parque salmantino del que gustaba mucho don Miguel de Unamuno, y al llegar, ya muy embriagada y divertida, a ese capítulo de los duques, que es el XXXI de la segunda parte, me paré con sobresalto en el comienzo del segundo párrafo, donde dice: “Cuenta, pues, la historia que antes que a la casa de placer o castillo legasen...”. No pude continuar, se me aceleró el pulso y me nació de lo más hondo una sonrisa secreta que nadie podía compartir. Miré alrededor. Una pareja de novios se abrazaba en un banco cercano, sin reparar en mí, escuché la algarabía de los pájaros escondidos sobre mi cabeza, vi los dibujos del sol en el suelo, no pasaba nadie más. Nadie se había dado cuenta del extraño prodigio. De repente, desde aquel mismo texto que de pequeña me había arrojado el primer anzuelo de provocación y oscuridad, Cervantes en persona me hacía un guiño y me daba el espaldarazo de caballero andante de las letras al confiarme a mí directamente, sin que ningún intermediario estorbara el mensaje, que el castillo se identificaba con la casa de placer, esa que venía yo desde hacía días habitando. Hasta el momento en que me consideró realmente capacitada para entenderlo, no me lo había dicho.»

Aquella mañana de primavera, en el umbroso jardín salmantino, me sentí en posesión del talismán soñado. De allí en adelante, podía dedicarme por mi cuenta y sin más títulos universitarios que los que aquel placer me otorgaba, al comentario de textos. Don Miguel de Cervantes me había cursado la invitación. Personal e intransferible.»

Martín Gaité, Carmen: «La entrada en el castillo», en *El cuento de nunca acabar. Apuntes sobre la narración, el amor y la mentira*. Trieste, Madrid, 1983





## COÍMBRA-CANNES

Su primer viaje, a los 20 años, «...a Coímbra. Me habían dado una beca de estudios. Pero hubo que arreglar muchas cosas. La primera, mi situación anómala con el Servicio Social, una chica no podía salir al extranjero sin tener cumplido el Servicio Social o, por lo menos, haber dejado suponer, a lo largo de los cursillos iniciados, que tenía madera de futura madre y esposa, digna descendiente de Isabel la Católica. Por lo menos los informes no fueron muy satisfactorios. Tuve que firmar un papel comprometiéndome a pagar una especie de multa, que consistía en el cumplimiento, a mi regreso, de algunos meses más de **prestación**». Y le pasó después lo mismo con Cannes, en 1948, donde decidió que no iba a quedarse en Salamanca tras terminar la carrera.

Martín Gaité, Carmen: *El cuarto de atrás*.  
Destino, Barcelona, 1978

Hizo una tienda de campaña y se metió dentro. Becaria en Cannes.1948





## VESTIDO DE NOCHE

En aquellos tiempos de universitaria fue cuando Carmen se puso de largo con su primer vestido de noche:

«Tú eres poco lanzada —me decían mis amigas cuando empecé a ir a bailar al Casino—, no das pie”. A los hombres había que darles pie, las chicas lanzadas sabían jugar con sus ojos, con su risa y con el movimiento de su cuerpo, aunque no tuvieran nada que decir. Y los hombres que me gustaban, y a los que tal vez yo también gustaba, se iban haciendo novios de otra. Aprendí a convertir aquella derrota en literatura, otra vez será, a intensificar mis sueños, preparando aquella frase que le diría alguien alguna vez, escribía un poema, nunca tenía prisa, y así pasaba el tiempo, “la niña del notario no saca novio, y eso que es mona, guapa no, pero mona”. Pasa el tiempo, no me atrevo, estoy desaprovechando otra ocasión.»

«Yo misma recuerdo aún la sensación de fraude que me produjo mi primera fiesta de sociedad. Con la misma fe en lo exterior a ellas van muchas mujeres a los bailes, a los cócteles, a la universidad. Van a buscar ambiente. No piensan que para relacionarse hay que tener primero algo que comunicar a los demás y luego esos demás se van convirtiendo en individuos a los que uno va viendo el rostro, desde nuestra premisa previa de desear decirle algo. Si no se tiene nada que decir a los demás, ¿para qué relacionarse con ellos, el ambiente qué significa?»

Martín Gaité, Carmen: *El cuarto de atrás*. Destino, Barcelona, 1978

Martín Gaité, Carmen: «Buscar un ambiente (La curación por ambiente). Cuaderno 3», en *Cuadernos de todo*. Círculo de Lectores, Barcelona, 2002





## LECTURA, ESA SED

«La necesidad de leer novelas creo que sigue vinculada a esa sed, nunca extinguida en el ser humano, por enterarse de lo que les ocurre a los demás, por asomarse al envés de sus vidas, a lo que de ellas nos encubren quienes sólo presentan una de sus caras, generalmente la más favorecedora. (...) Relajada la inteligencia del hombre en el seno de ese tiempo ficticio, es capaz de aprender por la vía de la literatura muchas cosas que le conciernen y que —lo comprueba con sorpresa— le están iluminando parcelas confusas de su propia vida y proporcionándole remedios y normas aplicables a ella. Y así, al acaba de leer, reingresamos en ese tiempo que nos era ingrato provistos de una nueva lucidez, propensos a interpretar la vida tal como lo hacían aquellos personajes del relato cuyas desgracias y problemas nos han brindado la capacidad de identificación y a quienes hemos amado sobre todo porque nos han dejado ver sus fallos.»

Martín Gaité, Carmen: «Las mujeres noveleras», en *El cuento de nunca acabar. Apuntes sobre la narración, el amor y la mentira*.  
Trieste, Madrid, 1983





## FACULTAD

«Yo asistí a mis primeras clases de Filosofía y Letras en Salamanca el 19 de octubre de 1943. Dice mi padre que al volver a casa les hablé con mucho entusiasmo de mis profesores y compañeros. Poder alternar con chicos en las aulas me parecía un regalo del que estaba dispuesta a disfrutar, porque durante la primera enseñanza estaba prohibida la coeducación, yo no tenía hermanos varones y las amistades masculinas me parecían un complemento imprescindible de las femeninas. Seguramente mencionaría en casa alguna anécdota o algún apellido de aquellos muchachos llegados a la Universidad salmantina desde Asturias, Zamora, Zaragoza o el País Vasco. (...) De todas maneras éramos un grupo reducido los que aquel curso 43-44 empezamos Comunes, no pasaríamos de doce entre chicos y chicas. Y allí estaba Ignacio Aldecoa Isasi, que venía de Vitoria, con el que en seguida trabé conversación. (...) Italia había declarado la guerra a Alemania. Pero yo con Ignacio no hablé de eso, sino de Yolanda, la hija del Corsario Negro, porque los dos leíamos febrilmente a Salgari. Fue nuestra primera afinidad, y algunos trozos del libro nos los sabíamos de memoria.»

Martín Gaité, Carmen: *Esperando el porvenir*.  
Homenaje a Ignacio Aldecoa. Siruela, Madrid, 1994





## A LA VENTANA

«Nadie puede enjaular los ojos de una mujer que se acerca a una ventana, ni prohibirles que surquen el mundo hasta confines ignotos...

Basta con eso para que se produzca a veces el prodigio: la mujer que leía una carta o que estaba guisando o hablando con una amiga mira de soslayo hacia los cristales, levanta una persiana o un visillo, y de sus ojos entumecidos empiezan a salir enloquecidos, rumbo al horizonte pájaros en bandada que ningún ornitólogo podría clasificar, cazar ningún arquero ni acariciar ningún enamorado.»

«En la literatura clásica española hay una palabra que se utiliza mucho, que es ventanera. La mujer ventanera, su única abertura al mundo era mirar por la ventana... yo es que soy ventanera, he sido ventanera, me he pasado mucho tiempo encerrada en una habitación y entre visillos he contemplado el exterior.»

Martín Gaité, Carmen: «De su ventana a la mía», en *Madres e hijas*. Anagrama, Barcelona, 1996

Entrevista de Aníbal Lozano: «Provinciana de arriba abajo», en *El Adelanto*, 4 de octubre de 1981





## INTERIOR

«Yo es que verdaderamente creo que soy bastante interior. Soy una persona que estoy muchísimo en casa. A mí los interiores me producen mucha fascinación: los objetos de una casa, cómo están colocados. Me parece, por otra parte, una base importantísima para la literatura, sobre todo en una mujer. No me siento anticuada, ni mucho menos; me siento muy moderna. Sin embargo, tengo mis raíces en casa. Y las he tenido siempre. Hay algunas veces que oigo discursos de las paredes y de los objetos, del aparador. Las cosas de la casa tienen su rostro. Cuando voy por la calle y veo una ventana de una casa, con una luz dentro, por la noche me digo: “Me gustaría entrar en esta casa”. Porque las casas tienen mucha magia para mí, más que un café, más que un tren.»

Entrevista de J. Bigordá: «“El cuarto de atrás” o el desvelo de unos recuerdos», en *El Correo Catalán*, 25 de junio de 1978





## EL RÍO, LO MÁS ALEGRE

«Siempre está el río de Salamanca en mi recuerdo como frontera entre lo de fuera y lo de dentro». Y añadió que: «No estaba bien visto entonces que una jovencita de buena familia se fuera sola con sus amigotes a remar al río, pero recuerdo aquellos paseos acompañados por el chapoteo de los remos como lo más alegre de mi vida.»

«En diferentes tramos de mi primera novela larga, *Entre visillos* (1958), el río supone una especie de remanso o tregua, paraje a donde los distintos personajes se retiran con frecuencia para pensar, conversar sin testigos o intercambiar emotivas caricias... Nunca se dice su nombre, pero es el Tormes». Y además —otra rareza de la hija del notario— confesó que se iba al otro lado del río, que en la ciudad se consideraba lo marginal. «En mi paseo, Salamanca se veía a lo lejos, desde la otra orilla del río. Estaba atardeciendo. Alejarme de las cosas para mirarlas mejor era ya síntoma de cierta tendencia a poner distancia entre mi vida y mi pensamiento, condición bastante emparentada con el punto de vista literario.»

Martín Gaité, Carmen: «Rutas de Salamanca en mi recuerdo».  
Conferencia en la Fundación Juan March, Madrid, 1996





## REBELDÍA MODOSA

«Yo, quizá, lo que me ha pasado siempre es que he tenido una rebeldía muy poco agresiva, pero muy profunda, algo difícil de explicar, pero siempre he sido más rebelde de lo que he parecido y me han podido atribuir las personas que me conocen sólo superficialmente. Mi rebeldía no es de alharaca (...), le doy una vuelta a todo y acabo haciendo lo que quiero sin gritar. (...) Yo no sé si es táctica, pero procuro rechazar lo que veo que no me gusta, rechazándolo dentro de mí, diciendo *yo eso no lo voy a hacer*, pero no levantando una bandera y gastando pólvora en salvas. Puedo aparentemente estar aguantando cosas que parece que otra persona no aguantaría, es una mezcla de provincianismo y no sé, es que soy modosa, muy modosa. (...) Es que es verdad en mí, creo que a ese sosiego de la provincia, a esa forma de pasar el tiempo le debo tanto que no es que lo fuerce, es que me descubro actitudes muy enraizadas en lo que se suele llamar provincianismo.»

Entrevista de Malén Aznárez: «La rebeldía de una mujer modosa»,  
en *El País Semanal*, n. 225, 28 de agosto de 1981





## NIÑOS

«A un niño hay que vestirlo, lavarlo, darle de comer. Y en esta reata de acontecimientos a que la mayoría de las mujeres dedican un esfuerzo casi siempre de inútil derroche, van dejando su piel y sus ilusiones con amargura. Creen que ya no les queda tiempo para “lo otro”. Separan lo uno de lo otro. Intuyen que hay otra cosa. ¡Pero si todo está mezclado! Claro que hay otra cosa que no son las papillas, pero esa otra cosa se puede encontrar y descubrir también mientras se hacen las papillas.»

Martín Gaité, Carmen: «Erich Fromm, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. Cuaderno 2», en *Cuadernos de todo*.  
Círculo de Lectores, Barcelona, 2002





## Y SE GESTÓ *CAPERUCITA EN MANHATTAN*

En 1985 Carmen regresa a Nueva York para impartir un curso en la Universidad de Vasaar y permanece unos días en la ciudad en el apartamento de su amigo Juan Carlos Eguillor.

«Juan Carlos se ponía a dibujar, de espaldas, en el pupitre inclinado, y hablaba conmigo. Ha inventado una historia de una niña de Brooklyn con impermeable rojo, que los viernes va con su madre a llevarle una tarta de fresa a su abuelita que vive en Manhattan. Una noche se atreve a ir ella sola y desde ese momento se convierte en una especie de Caperucita Roja perdida en Nueva York y se encuentra al rey de las tartas que es el lobo. Me enseñó algunos de los dibujos que tiene, que son preciosos, pero la historia no la sabe escribir. Yo empecé a dictársela de otra manera, nos pusimos a escribirla juntos y se nos ocurrían muchas cosas entre los dos, nos reíamos mucho, ¡qué majo y qué divertido es Juan Carlos! Me ha dado los papeles para que yo siga escribiendo por donde quiero, pero es que, desde que he llegado aquí, la historia se ha transformado en otra. Anoche salí al bosque, que estaba desierto, y lo pensaba, mirando los edificios que se ven encendidos entre la espesura. Ahora soy yo la que tengo que orientarme en este bosque, la niña de Brooklyn pertenece a otro texto, Caperucita Roja soy más bien yo y ando atenta a la aparición fugaz de los lobos, disfrazados de psiquiatras.»

Martín Gaité, Carmen: «El otoño de Poughkeepsie. Cuaderno 35», en *Cuadernos de todo*. Círculo de Lectores, Barcelona, 2002